

**Tema 8. Las primeras manifestaciones: el arte de transición.  
El Císter y su repercusión**

El Gótico. Contexto general  
Arquitectura y urbanismo gótico: la catedral  
Características del gótico  
Arquitectura cisterciense

■ EL GÓTICO. CONTEXTO GENERAL

Antes de nada, conviene realizar algunas apreciaciones alusivas al concepto de “gótico” y al sentido terminológico que tiene desde el punto de vista historiográfico, al igual que ya hicimos también con respecto al románico.

Es bien sabido que el término surgió durante el periodo renacentista para designar, de manera peyorativa, la arquitectura medieval, considerada por los teóricos del Renacimiento como una arquitectura bárbara que había olvidado los buenos preceptos de la “manera romana”. De hecho, el término gótico fue utilizado por primera vez en 1550 por el historiador de arte Giorgio Vasari, queriendo adjetivar con este término el “oscuro” arte de la Edad Media frente al glorioso pasado de la Antigüedad clásica. El arte gótico era sinónimo de bárbaro y suponía una decadencia sombría respecto a la época clásica. Su menosprecio se explica con el propio término gótico que fue el arte realizado por los godos que provocaron el hundimiento de Roma.

Con el tiempo, el vocablo se difundió universalmente y perdió su carácter peyorativo, especialmente a partir de los primeros intentos de enaltecimiento de la arquitectura medieval europea, producidos a partir de la segunda mitad del siglo XVIII y ligados, en muchas ocasiones, a los crecientes nacionalismos de raíz romántica. Es a partir de este momento cuando se sueña con el renacimiento del arte medieval y se distingue y separa de otros estilos artísticos medievales como el románico. Este entusiasmo romántico y el movimiento historicista promovieron amplias restauraciones de edificios medievales, apareciendo el estilo neogótico, que imita la gótica medieval.

Actualmente entendemos como gótico un amplio período artístico del mundo occidental que según los diferentes países y regiones europeas, se desarrolla en momentos cronológicos diversos, pero que de forma general, se puede establecer desde mediados del siglo XII hasta comienzos del XVI.

Desde el siglo XIX se fue produciendo una subdivisión estilística a partir del amplísimo concepto de gótico, lo que dio origen –como también hemos visto- a la creación del término “románico” y restringió el gótico a aquel periodo comprendido, grosso modo, entre mediados del siglo XII y finales del siglo XV. En la actualidad, dicho concepto de gótico ha variado muy poco y continúa englobando en la misma categoría estilística edificios tan dispares como, por ejemplo, en el caso europeo, las catedrales de Bourges, York y Siena, y en el caso hispano, las catedrales de Ávila, Tarazona y Sevilla.

El uso de conceptos estilísticos, a pesar de estar firmemente asentado en la historia del arte, contribuye a simplificar en exceso importantísimas particularidades regionales, diluyéndolas en una falsa noción de homogeneidad estilística transfronteriza. Por eso, recientemente se viene reivindicando la utilidad de emplear las subdivisiones estilísticas de los grandes conceptos de estilo clásicos. Estas subdivisiones suelen evaluar un periodo cronológico y geográfico más restringido, con lo que se prestan menos a generalizaciones. En esta línea, se debe comentar que, en el contexto hispano, el periodo de implantación de las novedades góticas también ha recibido distintos intentos de clasificación estilística, escindiéndolo del concepto general de gótico en aras de una mayor concreción. Así, por citar solo el ejemplo de lo que respecta a los orígenes, el gótico ha sido llamado “estilo de transición”, “estilo 1200” y “protogótico”, habiéndose entrelazado este último término de tal manera con el de “tardorrománico” que en la mayor parte de los casos ambos vocablos han acabado por resultar indisociables.

En la interpretación del gótico se pueden diferenciar dos corrientes historiográficas, representadas principalmente por las escuelas francesa y alemana:

- a. La **escuela francesa**, que parte del racionalismo arquitectónico y la lógica constructiva. Abanderada por Viollet-le-Duc, basa su visión del gótico en un concepto positivista de la arquitectura, que otorgaba a la técnica y los procesos constructivos total protagonismo. Según esta orientación la bóveda de crucería, el arco apuntado y el arbotante integran el germen del nuevo estilo, frente al medio punto y bóveda de cañón, elementos ambos propios del románico.

Sus seguidores entendieron que las estructuras góticas eran producto de un método constructivo que se podía analizar de forma racional y científica, y que en ellas todos los elementos arquitectónicos respondían a una necesidad práctica, es decir, se caracterizaban por su economía constructiva, superar a la de cualquier estilo anterior.

Esta línea ha sido seguida por relevantes historiadores de la Escuela de Archiveros de París, Quicherat, Félix de Verneuil y después Lasteyrie y Enlart, que defienden la teoría funcional. Como acabo de afirmar, se ha caracterizado por poner el acento en la técnica, en los procesos de construcción y sus condicionamientos formales. Han determinado el origen territorial y técnico del estilo.

- b. La **escuela germánica**, inaugurada con la visión que los románticos tenían del gótico. Partiendo de un concepto más romántico de la creación artística, justificaba la existencia del nuevo estilo, no tanto en cualidades arqueológicas concretas sino en ideas y valores de índole espiritual.

Tiene como cabeza a Wilhelm Worringer y aunque sus trabajos hoy día ya están completamente superados, tuvieron una tremenda repercusión. En ellos se ofrece una interpretación para la que el gótico es la expresión del alma nórdica, en oposición al alma mediterránea o clásica. Destaca también la teoría de Max Dvorak, quien explica el uso del arbotante como recurso para crear un visión simbólica deliberada, un caleidoscopio visual y no como un mero esqueleto estructural. A lo largo del siglo XX han surgido también otros especialistas que han continuado con esta interpretación, como Hans Jantzen, que habla de la estructura diáfana y del espacio como símbolo de lo inmaterial, o Hans Sedlmayr, que interpreta la catedral gótica como una materialización terrenal de la Jerusalén celestial y establece la teoría del “sistema del baldaquino”.

Entre los antecesores de esta línea se encuentran autores del siglo XVIII que se oponen a la predominancia del gusto francés [es significativo, en este contexto, el encuentro entre Johann Gottfried Herder y Johann Wolfgang von Goethe ante la catedral de Estrasburgo en 1770, en que Herder le hará ver a Goethe la sublimidad de ese arte alemán].

Esta línea de interpretación ha sido seguida por algunos historiadores del siglo XX, como Max Dvořák, Wilhelm Pinder y Hans Seldmayr. La concepción germánica del arte gótico presta atención a las ideas y no tanto a los medios técnicos para su realización. Las formas solo interesan en relación con su significación mental.

- c. Como **convergencia de ambas posturas**, la historiografía del siglo XX ha diferenciado tres puntos de vista complementarios e interdependientes, que afectan a los aspectos técnicos, la lógica de las formas y los contenidos simbólicos y filosóficos que justifican el nuevo estilo.

La catedral es el edificio simbólico de esta época gótica, y es gracias al empeño de construir catedrales como se llega a codificar el estilo, produciéndose la difusión del mismo por toda Europa. Su construcción es el símbolo de la confianza de la ciudad en su capacidad, recursos, riqueza y prestigio. Como símbolo político y cívico es una arquitectura destinada a transmitir una imagen de poder monárquico, obispal o ciudadano, frente al castillo y al monasterio.

En medio de la ciudad, la catedral destaca sobre el resto de sus edificios por su monumentalidad y grandeza, marcando el carácter, la estructura y el contorno de los núcleos urbanos medievales. No es sólo un elemento de referencia espiritual y física, sino que sirve de espacio cívico.

La mayoría de las catedrales góticas son empresas constructivas que requieren de medios materiales y humanos en cantidades ingentes, por lo que, su construcción se extiende a lo largo de varios siglos, no estando, por tanto, erigidas estrictamente en estilo gótico clásico, sino que combinan estilos diferentes, adiciones, sustituciones, reconstrucciones y alteraciones del proyecto original, durante y después de que el edificio esté terminado. La catedral es el empeño de toda una población, de una comunidad en su conjunto.

El gótico se formuló a partir de la construcción de las catedrales francesas del gótico clásico. Desde el primer gótico de Saint-Denis, la actividad constructiva en los territorios de la corona francesa, fue extraordinariamente febril favoreciendo así que los progresos técnicos se sucedieran con rapidez. Se puede decir, por tanto, que la efervescencia de esta primera formulación del estilo gótico en los monumentos franceses de la Ile-de- France, se produce gracias a la asociación de intereses entre los obispos y los cabildos catedralicios con la monarquía.

A partir de estas primeras manifestaciones se produce la recepción del estilo gótico en otros territorios europeos, donde se aplica a los edificios ya existentes, siendo un motivo habitual la renovación obligada por los daños sufridos en estructuras arquitectónicas anteriores.

De forma general eran los obispos o autoridades eclesiásticas quienes financiaban la construcción básica de la catedral, nave central y ábside, siendo definitiva, el desarrollo del gótico y su amplia difusión, la intervención de estos obispos, quienes encargaban y decían la reconstrucción o construcción de la catedral. Pero la catedral no fue un espacio público, sino altamente privatizado. El pueblo con donativos y trabajo y los nobles, monarcas y la burguesía con su financiación, iban adquiriendo los derechos sobre una zona del edificio, las capillas laterales. Mediante la cesión a particulares de las capillas de las naves que construyeron en los vacíos existentes entre los contrafuertes exteriores, se financió un parte significativa de las grandes catedrales europeas.

La catedral no es sólo un elemento de referencia espiritual y física, sino que también sirve de espacio físico polifuncional utilizado para la concentración, encuentro e incluso el mercado, además de fiestas religiosas. Desde el siglo XIII toda actividad comunitaria estaba relacionada de alguna manera con la catedral. La catedral es la ciudad dentro de la ciudad, el núcleo intelectual y moral de la colectividad, el corazón de la actividad pública.

De este modo, la catedral empieza a tener un progresivo uso social que se incrementará con el tiempo. La nave central es el lugar de reunión eclesial, limitada y cortada en las catedrales españolas por la colocación en el centro de las mismas de los coros. Las naves laterales se convierten en lugares para deambular, para distribuir el tránsito por el edificio. Pero ante todo, se convertirá en un lugar de enterramiento, en un panteón funerario privilegiado. En un principio lo normal era el enterramiento en el atrio o alrededor del edificio, utilizándose el claustro para personas privilegiadas. Poco a poco se incrementó este uso mediante la construcción de capillas privadas compradas para ello, proveyendo de fondos importantes a las obras de la catedral. Estas capillas se abren a las naves laterales y normalmente ocupan los espacios entre los contrafuertes. Pueden ser panteones individuales, o capillas de gremios o cofradías, de uso comunitario pero restringido.

#### ■ CARACTERÍSTICAS DEL GÓTICO

La nueva arquitectura pretende acercar los fieles a los valores religiosos y simbólicos de la época. Para lograr esta materialización espiritual se precisó de la ejecución de una novedosa técnica constructiva en la que elementos como el arco apuntado u ojival, la bóveda de ojivas o el arbotante fueron empleados de forma sistemática, permitiendo levantar estructuras esbeltas y ligeras, estructuras que trabajaban a tracción y no a compresión que transforman en profundidad el espacio interior, acentuado por la nueva ordenación de los apoyos, exentos o adosados al muro, y también por el aligeramiento de la estructura, que queda modelada y se hace visible de forma original gracias a la luz coloreada que le devuelven las vidrieras.

El estilo gótico es el resultado de un proceso constructivo que articula todos los elementos arquitectónicos con el propósito de crear un espacio en el que la luz coloreada se filtra por las vidrieras y su valor simbólico sean el principio de su significación. Estos elementos son empleados conjuntamente para definir un espacio de elevación e ingravidez, simbólico y transfigurado por la luz, que irrumpe en el espacio interior arquitectónico a través de amplísimos ventanales cubiertos de vidrieras que fragmentan, tamizan, modifican y falsean esa luz natural teñida de colores, creando un espacio irreal, un espacio sagrado simulado. También acentúan la tensión entre la materialidad de

los elementos constructivos y el artificio de su utilización para lograr la sensación de ingravidez y desmaterialización.

En todo ello van a tener un papel fundamental los sistemas de cubierta. Así, las bóvedas góticas no actúan a compresión (apoyándose en los muros), sino que dirigen sus empujes a ciertos puntos que los recogen. La estructura de esta arquitectura se basa en la concentración de los esfuerzos de las cubiertas en puntos concretos (en el románico el peso de los abovedamientos se repartía a lo largo de los muros portantes).

Este tipo de solución estructura se consigue gracias a la bóveda de crucería (nervada u ojival), conformada por arcos apuntados cruzados, las ojivas, y más ligera que cualquier otro tipo de bóveda construida hasta la fecha. Partiendo de la bóveda de arista, en ella se transforman sus encuentros en nervios estructurales (auténticas cimbras permanentes), sobre los que se apoyan los elementos de las bóvedas, ahora simple cerramiento sin función estructural. Esto permite que los pesados arcos fajones antiguos se transformen en ligeros arcos frontales (arcos torales) y en arcos formeros laterales. Todos estos nervios convergen en los puntos de apoyo (pilares o grupos pilares), que ante la ligereza de la cubierta, pueden diseñarse con una esbeltez extraordinaria. Este entramado de nervios, arcos y soportes constituye un armazón tridimensional y unitario sobre el que descansan las bóvedas y es, además, el esqueleto que da forma a los tramos de las naves (central o laterales) que pueden ser repetidos de manera seriada hasta el infinito.

El resultado es una estructura diáfana creada a base de elementos verticales que permite, por un parte, que los muros tradicionales sean liberados de las cargas y pasen a ser simples cerramientos del espacio y que el macizo pueda ser sustituido por el hueco, y por otra, al pesar relativamente poco tolera que la altura de las naves sea superior y que se aumente la distancia horizontal entre sus apoyos (luces estructurales). Los constructores góticos descubrieron que el arco apuntado es más esbelto y ligero que el de medio punto ya que, gracias a su verticalidad, traslada menos empujes laterales permitiendo formas más flexibles, y salvar mayores luces. Pero también descubrieron que un aparejo a base de piezas pequeñas y homogéneas permite construir estructuras complicadas, aunque resistentes y ligeras.

Además crearon una serie de elementos arquitectónicos exteriores destinados a equilibrar esta frágil estructura ya que absorbían los empujes horizontales que no podían ser contenidos por los pilares, demasiado altos. Los arbotantes son arcos exteriores que transmiten, lejos del pilar de apoyo, las tensiones que ejerce la bóveda, pero para ello necesitan encontrar un apoyo inmóvil, los botareles o estribos, sólidos pilares que actúan como un contrafuerte aislado que absorbe el empuje del arbotante y los descarga definitivamente en el suelo. Para que tengan más peso y resistencia, se

decoran con pináculos, elementos que reúnen en el fin constructivo y estético.

Todo este complejo sistema de esfuerzos y contrarrestos delimita el intrincado aspecto exterior de las catedrales góticas, cuya traza es inconfundible. Mientras, al interior, la nave central se vio libre de las tribunas, el muro de la nave central se articuló en altura, con un alzado "clásico": arcada, triforio y claristorio.

Esta estructura, ligera y flexible, libera los muros de las naves de elementos sustentantes, pudiendo ser horadados con grandes ventanales. Debido a su elasticidad permite cubrir espacios de planta rectangular o trapezoidal de medidas diferentes, de tal forma que los tramos de la nave central pueden corresponderse con los de las naves laterales, aunque su superficie sea distinta, e incluso seguir utilizándose con tramos de planta poligonal tanto en el deambulatorio como en el ábside.

El origen de la bóveda de crucería hay que buscarlo en Normandía. En el gótico preclásico fue habitual utilizar la bóveda sexpartita (tres nervios y seis plementos sobre un tramo cuadrado); no se había conseguido la uniformidad y diafanidad del espacio, cubriendo estas bóvedas tramos cuadrados de la nave central que se correspondían con dos tramos de las naves laterales y que fijaban la alternancia de soportes gruesos y débiles. En el periodo clásico se generalizó la bóveda crucería y los espacios interiores se hicieron homogéneos por la uniformidad de sus soportes. Sin embargo, al mismo tiempo que el dominio técnico permite que las bóvedas cubran espacios cada vez más amplios (expandan sus luces), se produce un aumento de la crucería, con nervios secundarios y terceletes (arcos que se cruzan y sustentan los plementos), hasta llegar al gótico tardío, donde las bóvedas se disfrazan con multitud de nervios secundarios y de terceletes, sin sentido estructural alguno, generalizándose la bóveda estrellada y en Inglaterra las bóvedas de abanico.

El pilar gótico está constituido por un núcleo central cilíndrico rodeado de columnillas. Estas se corresponden con los arcos y nervios de las bóvedas, cada una con el suyo, según el principio establecido en la arquitectura

románica de que a cada pieza sostenida le debe corresponder su soporte.

Los capiteles que coronan las columnas adosadas presentan decoración de follaje, facilitando la transición desde la cúspide de las bóvedas, donde se cruzan los nervios, hasta el suelo. Esta concepción de la arquitectura también se corresponden con una visión diferente de la escultura que, en el interior, ya no distrae la mirada con múltiples motivos, sino que al contrario, tiende a disolverse en molduras diversas y elementos vegetales adaptados estrictamente a la claridad del proyecto. El capitel pierde importancia haciéndose más pequeño y delicado.

Las ventanas y vidrieras son, sin duda los elementos más característicos del gótico. Estos ventanales evolucionan hasta conformar los amplios huecos cubiertos de hermosas tracerías caladas de piedra, de arco apuntado, o los grandes rosetones que se colocan en lo alto de las fachadas; tomando al principio la forma radiante y sencilla, aunque en el siglo XIV y en el XV llegan a ser un verdadero laberinto de curvas enlazadas.

El edificio gótico revela al exterior su estructura interna, organizándose las fachadas góticas de forma tripartita, tres cuerpos horizontales que se corresponden con el alzado de la nave central dividiéndola en altura, y tres secciones verticales (calles) que se corresponden con la división entre la nave central y las naves laterales que la recorren.

En estas puertas y fachadas se plasma la decoración escultórica que, a través de sus imágenes, explica la concepción teológica del mundo gótico. Las portadas conservan la misma composición y elementos que la románica, pero en ella el abocinamiento viene marcado por las múltiples arquivoltas apuntadas. Las finas molduras, las columnillas, las tracerías caladas, los motivos calados, les confieren un marcado aspecto gótico.

#### ■ ARQUITECTURA CISTERCIENSE

El Cister es una orden religiosa fundada en 1098 por San Roberto aunque, no obstante, será San Bernardo el gran impulsor del Cister a partir de 1112. Este personaje funda en Francia los nuevos monasterios de La Ferté, Pontigny, Clairvaux y Morimond. Asimismo instala las primeras religiosas cistercienses en el monasterio de Tart localizado en Borgoña entre 1125 y 1132. Muy poco después llegan las monjas cistercienses a España. Las primeras se instalan en Tulebras (Navarra) en 1134. Seis años más tarde nuevas religiosas hacen lo mismo en Las Huelgas de Valladolid, aunque el principal monasterio de monjas cistercienses (Santa María de las Huelgas en Burgos) no se abra hasta 1187. En España, además de este último, destacan, como veremos, los monasterios cistercienses de Poblet y Santes Creus (Tarragona), y otros también importantes como Santa María la Real de Osera (Orense), Santa María de Meira (Lugo), Santa María de Huerta (Soria), Sobrado de los Monjes (Coruña), La Oliva (Navarra), Santa María de Benifassar (Castellón) y Veruela (Zaragoza).

La estructura de los monasterios Cistercienses se ajusta a un plan que se repite en todos ellos, donde todo se ajusta a las necesidades de la comunidad, nada es superfluo y nada está fuera de lugar. La palabra que define a la arquitectura del Cister es "austeridad", nada debe distraer la



atención de los monjes de sus obligaciones, el trabajo y la oración. No hay que confundir austeridad con falta de medios, pues la mayor parte de los monasterios suponen un despliegue de medios impresionante. De hecho, muchas iglesias de estos monasterios y conventos cistercienses son mas grandes que algunas catedrales. La construcción y el trabajo de la piedra hacen pensar que se debería disponer de abundante mano de obra y además cualificada por lo que debió ser asalariada.

Aunque no se puede afirmar que exista un estilo cisterciense propio, si podemos ver repetidas soluciones y estructuras en los diferentes monasterios, lo que permite hablar de características más o menos comunes.

El monasterio se forma por el llamado "cuadro monastico", compuesto por, la iglesia, el claustro, la sala capitular, el refectorio, la cocina, la sala de los monjes y el dormitorio, entre otras dependencias.

A nivel estilístico, la arquitectura cisterciense, es una transición del románico al gótico y en ella se empiezan a experimentar las posibilidades de unos elementos, como las bóvedas de crucería, que al ser utilizados en los refectorios y en las salas capitulares, permiten obtener amplios espacios diáfanos que facilitan la vida de los monjes.

La reforma cisterciense, reniega de las recargadas abadías cluniacenses, donde se adornaban con profusión los capiteles tanto de los claustros como de las iglesias, por tanto, en las abadías del cister los adornos se limitan a motivos vegetales y geométricos, evitando la figura humana que distraería a los monjes de sus obligaciones y sobre todo de la mas importante, la meditación y el rezo. Solo en aquellas abadías, donde se realizaron reformas o se sustituyeron claustros, se pueden observar figuras humanas.

### **Monasterio de Santa María de Huerta**

Estamos ante el gran monasterio cisterciense castellano, situado en una zona que fue frontera entre Castilla y Aragón, en un valle regado por el río Jalón. Como siempre complicado establecer la fecha de fundación del monasterio, sobre todo teniendo en cuenta que su primera localización no fue la actual sino que se situó en la villa de Cántavos, actualmente desaparecida.

La fundación del monasterio de Cántavos se debe al monarca Alfonso VII y a D. Miguel Muñoz de Fojosa mayordomo mayor del rey y su mujer D<sup>a</sup> Sancha Gómez que fueron los que cedieron una granja para que en ella se asentara, como había dispuesto el monarca, un monasterio cisterciense, encargándose su filiación al monasterio francés de Berdues, a su vez filial de Morimond, que enviará

un grupo de doce monjes bajo el mandato de Rodolfo, que será el primer abad del monasterio. Aunque hay muchas posibles fechas de fundación la que parece tener más consenso y base documental es la que oscila entre 1144 y 1151, ya que de este último año existe documento de donación de la villa de Cántavos por Alfonso VII, para que en ella se asiente un monasterio cisterciense, si bien este documento más que de fundación parece de confirmación de dicha donación ya que en él se recoge la denominación de "Monasterio de Santa María de Cántavos".

Una vez tomada posesión del terreno, los monjes pudieron comprobar que no era un sitio adecuado, desde el punto de vista de la subsistencia de la comunidad, pues el lugar carecía de una fuente de agua cercana, la insalubridad probablemente acrecentada por esta falta de agua y la falta de fertilidad de la tierra, lo que obligó a buscar un sitio más propicio por parte de la comunidad. La elección por parte del monarca del sitio de Cántavos obedecía más a un motivo estratégico, pues este se encontraba cerca de Almazán, población fronteriza, por lo que tener un monasterio en esta zona, reforzaba sus intereses políticos. Los monjes tuvieron que buscar un nuevo emplazamiento que cumpliera con las condiciones que permitieran las condiciones de habitabilidad y manutención de los monjes y al mismo tiempo tuviera una situación estratégica que cumpliera con los deseos del rey.

En un documento fechado en Roma por el Papa Eugenio III, se confirmaban las posesiones del monasterio entre las que se nombra la granja de Huerta, lo que hace pensar que sería propiedad del monasterio desde antes de esa fecha, situada en el valle del río Jalón, a 40 Km de Almazán, y por tanto en la zona de frontera con Aragón, lo que cumplía los deseos del rey. Por tanto la comunidad se traslada a esta nueva ubicación, siendo de nuevo difícil de establecer la fecha de este traslado, siendo la de 1162, la nombrada por la mayoría de los autores, si bien se puede considerar de nuevo que el traslado se realizaría en una franja entre abril de 1158 y el 25 de septiembre de 1164 y que sería el abad Blas el que realizaría el traslado. (Bibliografía)

El comienzo de la edificación del monasterio se sitúa entre 1179 y 1184, con donaciones ya de Alfonso VIII, que es el que coloca la primera piedra. El monasterio tiene una primera etapa de formación del coto que comprende entre los años 1144-1169, gracias a las donaciones y exenciones de monarcas y nobles, tanto castellanos como aragoneses, siendo los monarcas castellanos Alfonso VII y Alfonso VIII los grandes benefactores. Por parte de Aragón Alfonso II beneficiará a la comunidad mediante exenciones de tributos. Una segunda etapa entre 1169 y 1184, en la que existen más documentos de donaciones de reyes, Alfonso VIII y Alfonso II y nobles, Almarico duque de Narbona, el conde Pedro de Molina, así como exenciones económicas de la iglesia, Toscelmo y Alderico obispos de Sigüenza, que permitieron la expansión del cenobio, que llega a su mayor expansión bajo el abadiato de Martín, llegando a tener 45 monjes y posesiones en Soria, Zaragoza,

Guadalajara y León.

A finales del siglo XII, se produce una importante crisis económica en el monasterio, que pudo provocar el regreso del abad Martín de Finojosa, para resolver la situación, desde su puesto de Obispo de Sigüenza del que dimite en 1192

En el siglo XIII predominan las donaciones para la fábrica del monasterio, siendo esta etapa la de protagonismo de D. Rodrigo Jimenez de Rada, arzobispo de Toledo y obispo de Osma, que favorece al monasterio, decidiendo su enterramiento en el y cediendo en su testamento su biblioteca y ornamentos

Los siglos XIV y XV disponen de poca documentación, en la que se recogen alguna bulas papales como la de Bonifacio VIII, que exime de pagar diezmos a sus tierras y un documento de Pablo II que nos hace ver las dificultades que pasaba el monasterio por la usurpación de sus propiedades, siendo en estos siglos cuando el monasterio recibe la protección de los reyes aragoneses, así como sufre las vicisitudes causadas por las guerras entre Castilla y Aragón que contribuyeron al empobrecimiento de campesinos y monasterios sobre todo en las zonas fronterizas.

En el siglo XVI bajo los reinados de Carlos I y Felipe II, se produce un resurgimiento del monasterio, con la realización del sobreclaustro plateresco, la construcción del claustro de la hospedería y se concluye la iglesia

Así se mantiene el monasterio hasta la exclaustración de 1835, que llevará al abandono y ruina del monasterio, hasta 1930 cuando se recuperará la comunidad de monjes cistercienses que se mantiene hasta la actualidad.

### **Monasterio de Santa María de Santes Creus**

En 1149 la familia Moncada dona unas tierras de Valldaura a los monjes cistercienses de Grandselve, una abadía de la rama de Claraval. En 1158 los terrenos son ocupados por monjes que escogen una zona al lado del río Gaiá, en un lugar donde existían unas cruces clavadas en memoria de unas luces que se aparecieron en la zona.

La abadía recibe pronto la protección de la corona de Aragón en aquel momento ya unificadas con el condado de Barcelona, llegando a recibir sepultura alguno de sus miembros dentro de la abadía. En 1296, los abades de Santes Creus reciben el nombramiento de capellanes reales. Todo esto hace de la abadía un lugar de expansión económica que favorece la colonización y desarrollo de las tierras a su cargo.

En 1375 el rey Pedro el Ceremonioso, construye la fortificación del monasterio dándole aspecto de fortaleza. Durante siete siglos la historia de la abadía transcurre sin sobresaltos hasta que durante la invasión napoleónica comienza el declinar del recinto. En 1835, es definitivamente disuelta la comunidad y sus estancias son expoliadas. Su biblioteca es trasladada a Tarragona, pero sus edificios son abandonados amenazando ruina y todo lo que es transportable es expoliado. En 1921 es declarado monumento nacional. Actualmente el propietario es la Generalitat de Cataluña que mantiene el edificio y lo conserva de manera excepcional.

Durante una época Santes Creus fue panteón real, conservando en el interior de su iglesia las tumbas de Pedro III el Grande (1276-1285), su hijo Jaime II (1291-1337) y la esposa de éste, Blanca de Anjou. Es también en esta época cuando se manda acondicionar las estancias abaciales como palacio por Jaime II y se levantará el claustro actual que sustituirá al inicial proyecto de estilo románico. Pedro IV el Ceremonioso, preferirá Poblet y abandonará el palacio que será de nuevo convertido en estancias del abad.

### **Monasterio de Santa María de Poblet**

En 1151, el Conde Ramón Berenguer IV, solicita a los monjes de la abadía cisterciense de Fontfroide, filial de Claraval localizada en el sur de Francia muy cerca de la frontera, que funden una abadía en sus tierras. Los monjes se establecen en una zona, entre la actuales Lleida y Tarragona, cerca de un afluente del río Francolí, ocupada por densos bosques de álamos blancos, de cuyo nombre latino (populetum) tomará su denominación la futura abadía.

El hijo del fundador Alfonso I el casto, le concede numerosos privilegios y Poblet se convierte en un lugar donde se reclutará a una parte importante de los componentes de la nobleza local. En 1194 funda su primera filial en el monasterio de Piedra cerca de Tarazona. El propio Alfonso I elige la abadía como el lugar donde quiere ser enterrado y en esto le imitarán sus descendientes, convirtiendo la abadía en panteón real.

Durante el comienzo del siglo XIII, Poblet sufrirá como consecuencia de la cruzada contra los albigenses, cuya dirección religiosa será encomendada a un antiguo abad de Poblet, Arnaldo Amaury. Por otro lado la lucha de Pedro I el Católico contra las tropas de Simon de Monfort, afectarán negativamente la vida de la comunidad.

Será en el siglo XIV con el abad Ponce de Copons, cuando el monasterio reinicie su crecimiento, enriqueciendo su biblioteca y realizando numerosas construcciones góticas. Bajo el reinado de Pedro III el Ceremonioso (1336-1348) se levanta la gran muralla de 600 metros de largo, convirtiéndose en una de las primeras fortalezas de Aragón. Una segunda muralla protege otra serie

de edificios como el palacio abacial, el hospital y la hospedería. A principios del siglo XIV, la comunidad está compuesta por más de doscientos monjes.

En 1480, una bula pontificia, concede a Poblet la independencia de Fontfroide, y en 1616, los monasterios cistercienses de Aragón se agrupan en una estructura independiente de Cister. En los siglos XVII y XVIII, Poblet sufre las consecuencias de las guerras, contra la independencia de Portugal, contra Cerdeña y Sicilia, contra Francia e Inglaterra, que se suceden unas a otras hasta arruinar el reino.

La guerra de independencia, el bienio liberal y la desamortización provocan un primer abandono de la abadía en 1823, y el definitivo en 1835. En 1935, se reanuda el culto en la iglesia, y en 1940 acuden a repoblar el monasterio unos monjes de la Congregación Italiana de San Bernardo, desde entonces se mantiene la comunidad hasta nuestros días.